

12

PEDRO LAIN ENTRALGO

SOBRE LA SITUACION ESPIRITUAL DE LA
JUVENTUD UNIVERSITARIA

(Folleto de $21\frac{1}{2} \times 15\frac{1}{2}$ cm (en 8°)
15 páginas)

M A D R I D

1 9 5 5

ID 00371

SOBRE LA SITUACION ESPIRITUAL DE LA JUVENTUD UNIVERSITARIA

Durante las últimas semanas el tema de la Universidad ha ganado entre nosotros muy especial vigencia. No porque en el seno de la sociedad española haya surgido un súbito interés por los problemas que más propia y directamente afectan a la docencia universitaria, sino por la rápida difusión de un enjambre de escritos y rumores, muy diversos en cuanto a su intención y a su fundamento, pero coincidentes todos en afirmar que la juventud universitaria se está desviando con creciente rapidez de la ortodoxia católica y de los ideales que promovieron el Alzamiento Nacional del 18 de julio.

Frente a esa agobiadora pululación de noticias, infundios e interpretaciones y, sobre todo, frente a la grave preocupación que ella ha suscitado en muchos espíritus responsables, me he sentido, como Rector de la Universidad de Madrid, en la obligación íntima de exponer clara y serenamente un juicio objetivo acerca de la situación espiritual de nuestros jóvenes.

Hablo ahora, quiero repetirlo, como Rector de mi Universidad, y ello me impone un deber de circunspección y otro de renuncia. Debo ceñir mi examen, en efecto, al área escueta de la Universidad madrileña; debo, por otra parte, evitar, hasta donde sea posible, mis reacciones de orden personal. Si me dejase llevar por ellas sería analizando cum ira et studio la serie de motivos, propósitos y métodos con que los incitadores de este cauteloso escándalo -valga la paradoja- vienen procediendo. Puedo afirmar sin jactancia que para ello me sobran la razón y la información. Mas yo no busco ahora el gusto agrio y dulce de la polémica, ni persigo el fácil lucimiento exterior que ella pudiera concederme, sino un honrado y fiel conocimiento de la realidad social a que por función y vocación me hallo más próximo, y a tal fin debo supeditar todas mis palabras. Ocasiones habrá, si Dios lo permite, para añadir a esta sobria e impersonal pintura el pormenor incisivo de la anécdota.

La inquietud del joven universitario

La situación espiritual de la juventud universitaria española podría ser caracterizada, en una primera aproximación, mediante la palabra que acabo de emplear: inquietud. Pero tal caracterización no sería justa si no subsiguiese a la previa discriminación que el análisis de cualquier fenómeno social siempre exige: la distinción cuidadosa entre la masa y la minoría.

La masa de los estudiantes españoles no está espiritualmente inquieta. En ella predominan, casi por modo exclusivo, dos abrumadores intereses: el de la profesión y el de la diversión. Aquél mueve a la preocupación constante por las "salidas" de la licenciatura cursada, al estudio utilitario y a la búsqueda de los caminos fáciles y rápidos para conseguir el título profesional a que se aspire. Este otro adopta, como es obvio, muy distintas formas de expresión; pero, aun concediendo todo

cuanto éste o el otro hecho aislado obliguen a conceder, parece justo admitir que tales formas son, en su conjunto, mucho más limpias moralmente que las habituales hace veinticinco o treinta años. Estoy seguro de que el testimonio de los capellanes de los Colegios Mayores -para aducir un solo argumento- sería en este caso muy claro y concluyente.

Como la vida moral, la vida religiosa de la masa estudiantil no es insatisfactoria. Es, sí, rutinaria en muchos casos, y carente en casi todos de la formación intelectual que el universitario católico debería poseer. No creo que el abandono de las prácticas religiosas -menos sólidamente arraigadas por la Enseñanza Media de lo que a primera vista pudiera suponerse- sea cuantitativamente muy extenso. Más aún: esa misma ausencia de inquietudes y ambiciones espirituales da cuerpo al tono gris mediocre y "no peligroso" que suele revestir la religiosidad del estudiante medio.

En orden a la vida política, la masa de los estudiantes universitarios vive, por ahora, bastante más cerca de la indiferencia reticente que de la preocupación apasionada. Hállase por lo general, afectivamente distanciada de cuanto estima "oficial" y puede seguir en el futuro caminos muy diversos de los que hoy ofrece nuestro Movimiento. De ahí la deliberada inclusión de un "por ahora" en el juicio anteriormente expuesto.

En suma: la masa de nuestros estudiantes universitarios, insatisfactoria en cuanto a sus apetencias y actividades intelectuales, muéstrase relativamente sana en su moral, rutinaria y poco "peligrosa" en su religiosidad y espiritualmente disponible frente a muy diversas incitaciones de índole política, sobre todo frente a las que de un modo sugestivo ofrezcan justicia social, participación real en la vida pública y abertura del horizonte profesional, hoy tan arduo y estrecho para el común de los jóvenes.

Muy otro es el caso de la minoría, y ello refuerza la justificación de aquel cauteloso "por ahora". La minoría activa y operante del alumnado universitario hállase, sin duda, profunda y diversamente inquieta. Tal inquietud es intelectual, política, social y religiosa, por lo que toca a su contenido, y exigente, petulante y un poco mesiánica, en lo que su forma atañe.

Intelectualmente, esa minoría se siente descontenta del pábulo científico, filosófico y literario que la sociedad española le brinda, así en el seno de la Universidad como fuera de ella. No discutamos ahora el fundamento real de ese sentimiento; limitémonos a consignar su existencia indudable. La inquietud política consiste, ante todo, en una viva desazón por el futuro de España y en la crítica acuciosa de la falta de brío de nuestro Estado para resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española, sobre todo los de orden social y administrativo. Cualesquiera que sean las tendencias hoy perceptibles dentro de la minoría estudiantil -la falangista, la monárquica y la democrático-radical-, todos sus grupos comulgan en la desazón y en la crítica antes señaladas. Un movimiento de opinión marxista no es todavía muy aparente, pero no sería extraño que fuese gestándose entre aquellos cuya conciencia social -muy viva e impaciente en el alma de nuestros jóvenes- propenda al radicalismo y no sea pronta y adecuadamente asistida en el orden intelectual y en el orden religioso.

Vengamos, en fin, a la vida religiosa. que en ella se dan, y con extensión apreciable, casos de descreimiento y disidencia, es cosa que no puede ni debe negarse. Luego expondré mi opinión acerca de las varias

causas de este hecho, antes merecedor del examen de conciencia que de la gesticulación apresurada. Librémonos, sin embargo, de abultar desmedidamente su verdadera importancia. Hoy por hoy, la disidencia religiosa afecta sólo a una pequeña parte de los estudiantes. Frente a los jóvenes más o menos resueltamente apartados de la fé católica -no tan abundantes como suelen decir los pesimistas, los ligeros de juicio y los cultivadores de la intriga-, existen en mayor número otros de intensa espiritualidad, animosamente dispuestos a la empresa de edificar con autenticidad cristiana la sociedad de nuestra Patria; y otros, en número mucho mayor, perfectamente disponibles para el cabal cumplimiento de ese empeño si se les llama con palabra sugestiva y conducta ejemplar. Quien conozca por dentro la vida religiosa de un Colegio Mayor, cuando el director espiritual se halla a la altura que su misión pide; quien haya asistido, en cualquiera de nuestras Universidades, a una conferencia teológica de actualidad y calidad verdaderas; quien observe sin antojeras el cariñoso respeto con que los sacerdotes santos, sabios y abiertos de espíritu son tratados por la inmensa mayoría de nuestros estudiantes, ése no se sentirá interiormente movido hacia el aspaviento conturbador, sino hacia la esperanza viva y laboriosa.

Todo ello en cuanto al contenido de la inquietud espiritual de nuestros estudiantes. La forma de esa inquietud, en la minoría que realmente la vive, puede ser bosquejada, como antes dije, mediante tres concisas notas: exigencia, petulancia y mesianismo. La actual juventud universitaria es exigente; su inquietud no se conforma con la discusión académica o la imaginación recoleta, y en sus conversaciones pide con urgencia, y a veces con gesto destemplado, todo aquello que en la sociedad que la rodea echa de menos. En ciertas zonas de su minoría, la actual juventud universitaria es, además, petulante. Todos los jóvenes lo son, desde hace siglo y medio, en cuanto empiezan a mover el pie hacia su puesto en la historia; pero los que hoy salen de nuestras aulas universitarias parecen serlo de modo singular, y precisamente por juzgar que en nuestro empeño histórico y social hemos fracasado casi todos los hombres de más de cuarenta años. La actual juventud universitaria tiende, en fin, a cierto peligroso mesianismo de sí misma; esto es, a la creencia de que ella y sólo ella es la llamada a resolver en el futuro todos los problemas que hoy descubre en la vida nacional.

Tal es, en rápido esbozo, la situación espiritual de muchos de nuestros jóvenes; entre ellos, los estudiantes universitarios y los más recientes graduados. No se me oculta que esa apretada enumeración de hechos y opiniones requeriría la adición de no pocos perfiles y matices si hubiera de ser retrato exacto y no esquema orientador. Creo, no obstante, que puede servir de guía eficaz a quienes honradamente pretendan conocer el estado actual de la sociedad española. Y si se me pidiese un sumarisimo juicio estimativo acerca de nuestra juventud, éste no podría dejar de ser, pese a todo, resueltamente favorable y positivo. La salud moral de nuestros jóvenes, su viva y exigente conciencia social, su honda y sincera preocupación por el presente y el futuro de España, la disposición a la secuacidad yacente bajo su epidérmica petulancia y la no insatisfactoria religiosidad de la mayoría de ellos, ofrecen un ancho y fecundo campo de posibilidades a quienes se acerquen a sus almas con recta inteligencia y buena voluntad.

Causas de la inquietud universitaria

¿De qué procede esa visible inquietud de los jóvenes universitarios?
 ¿Cuándo y cómo ha empezado a existir en forma socialmente perceptible?
 Atribuirle a determinados hechos esporádicos, tales como actos académicos y literarios, círculos de estudio o encuestas sociológicas, equivaldría a cometer un doble error: el cualitativo de tomar los efectos por causas

y el cuantitativo de cerrar los ojos a la masa del bosque, para abrirlos sólo ante la brizna de hierba. Las causas de la situación espiritual antes descrita son, a la vez, múltiples, profundas y complejas. He aquí las que me parecen más importantes y decisivas:

1.- La psicología del joven universitario y el papel que ella le otorga en la dinámica de los movimientos sociales. El alma estudiantil es abierta, sensible y ligera, tiende a la expresión colectiva y ruidosa y no se halla especialmente cohibida por sentimientos de responsabilidad social. De ahí que suela ser ella la primera en expresar estados de opinión latentes en la sociedad a que pertenece o reducidos al ámbito del comentario privado. Así viene acaeciendo en toda Europa desde hace casi doscientos años.

2.- La peculiar conciencia histórica de las promociones universitarias que no vivieron nuestro Alzamiento Nacional. Entre los años 1.945 y 1950 comienzan a ingresar en la Universidad jóvenes para los cuales nuestra Guerra de Liberación y sus motivos determinantes no son ya el recuerdo de una experiencia personal, sino la audición o la lectura de un relato. Y puesto que la experiencia vital no es transmisible de padres a hijos, una consecuencia se impone: las razones y los sucesos de nuestra guerra, que a los hombres de más de treinta y cinco años nos obligan con honda fuerza moral, apenas pueden actuar por sí sobre las almas de quienes no han alcanzado esa edad. Pueden, es verdad, seguir actuando con cierta eficacia, pero sólo si ante los jóvenes aparecen hechos conducta real y efectiva y no quedan reducidos a ser mera palabra fugaz.

3.- La estrechez del horizonte profesional de nuestros jóvenes. Conviene no olvidar que los numerosos huecos producidos por nuestra Guerra de Liberación en el mundo intelectual y técnico han sido ocupados, a lo largo del decenio 1.940 - 1.950, por hombres que en su inmensa mayoría apenas han rebasado hoy los cincuenta años; y, por otra parte, que la ampliación de los puestos de trabajo no ha crecido con el mismo ritmo que el volumen de la población estudiantil. Sigue de ello el estudiante universitario viva profesionalmente desazonado y descontento.

4.- La inexorable necesidad de existir en nuestro mundo histórico; esto es, dentro de la compleja trama de riesgos y seducciones, descarríos, y logros, caminos y amenazas en que la cultura actual consiste. Los estudiantes españoles -y está bien que así sea- atraviesan en número creciente la frontera en viajes de información, convivencia y estudio; y quienes no logran hacerlo no es infrecuente que muestren invencible curiosidad por conocer sin ambages los movimientos intelectuales y las formas de vida que hoy poseen más clara vigencia histórica, llámense existencialismo, marxismo, vida tecnificada, apostolado social, pluralidad religiosa o libertad de expresión. Más aún: tales realidades poseen con frecuencia ante los ojos de su espíritu el prestigioso aliciente de lo "prohibido". En tal caso, ¿será por completo evitable la disidencia de algunos? ¿No hemos visto apartarse del recto camino de la fe a personas de muy larga y cuidada formación religiosa?

5.- La escasa ejemplaridad de muchos sectores de la actual sociedad española. La Universidad, no pocas instituciones públicas y, en general, los grupos dirigentes de la vida nacional, distan mucho de ofrecer al joven la autenticidad, el prestigio y la eficacia que para una adhesión cordial él exigiría. La desigualdad social es entre nosotros demesurada; la preocupación por el lucro económico inmediato ha llegado a ser general y abusiva; la fama de todo cuanto atañe a las relaciones económicas está muy por bajo de lo deseable; la calidad y la dedicación efectiva del profesor universitario a la enseñanza no llegan siempre al nivel que

el buen alumno pide; la enseñanza religiosa y la enseñanza política son, en gran número de casos, mucho más obligación molesta que formación efectiva. Todo lo cual ha de tener como inevitables secuelas la inquietud, el malestar, la crítica despegada.

6.- El paternalismo meramente prohibitivo y condenatorio que muchas veces adopta nuestro Estado, en lo tocante a la formación y la información de los españoles. Las normas de la censura intelectual y artística son con frecuencia excesivamente estrechas y nunca permiten el recurso razonado a quien ha sido afectado por ellas. Así las cosas, el descontento íntimo de los universitarios, entre los cuales es consustancial la afición a examinar y discutir ideas y opiniones, surge y se propaga de manera ineludible.

7.- El constante halago verbal que la juventud española viene recibiendo desde 1.939. La ruptura radical y sistemática con el pasado anterior a 1.936 ha llevado a una suerte de mitificación del joven; éste sería la prometedor encarnación de lo puro e incontaminado, el símbolo viviente de la España nueva. El deber primordial de la juventud -un cotidiano y laborioso esfuerzo hacia su futura madurez- no ha sido proclamado con suficiente energía. Los jóvenes, en consecuencia, se han visto sometidos a la acción espiritual de dos instancias difícilmente conciliables entre sí, y menos en almas deseosas de vida propia: la que les declara arquetipos y la que les relega a la condición de simples continuadores y herederos.

Encauzamiento de la inquietud universitaria

Así veo yo las causas de la inquietud universitaria. Juntas todas ellas con diverso predominio de una u otra en cada uno de los grupos que entre los jóvenes comienzan a perfilarse, esas causas vienen determinando muy buena parte de las actitudes y reacciones más propias de nuestros estudiantes. ¿Desde cuando? En forma tenue y germinal, desde el quinquenio comprendido entre 1.945 y 1.950; de modo más ostensible, en el lustro que en nuestros días se extingue. Pero no creo que tal precisión cronológica sea problema de mucha monta.

Mayor la tiene, sin duda, el empeño de encauzar ordenada y fecundamente hacia el futuro la actual inquietud espiritual de las minorías universitarias y su próxima difusión a más extensas porciones de la masa estudiantil. Puesto que tal inquietud no es en sí misma vituperable y nociva, aunque sus primeras manifestaciones hayan sido levemente perturbadoras de nuestra tranquilidad cotidiana, ¿cómo lograremos ponerla en buen cauce? A mi juicio, merced a cuatro recursos cardinales:

1.- La práctica de un riguroso y perspicaz examen de conciencia por parte de los estamentos rectores de la vida nacional: Gobierno, Cortes, Movimiento, instituciones públicas, cuerpos técnicos y administrativos. La universidad, donde por razones de orden constitutivo la autocritica tiene siempre algún asiento, y frente a la cual nunca faltan ojos celoso e inquietivos, ha dado ejemplo en lo que a tal examen concierne, y algo ha hecho para mejorar su disciplina interna y su rendimiento. Algo, es cierto, mas no lo suficiente, porque los profesores universitarios distamos mucho de ser ejemplares a los ojos de los jóvenes y a nuestros propios ojos. Ejemplaridad: tal es la palabra. Mientras no la alcancemos de un modo real y efectivo, unos enseñando, otros gobernando y administrando y otros en el ejercicio de sus funciones técnicas, la inquietud de los mozos universitarios de España estará cada vez más próxima a convertirse en real y verdadera "desviación".

2.- La apertura y el enriquecimiento del horizonte de nuestra juventud, así en orden a su porvenir profesional como en lo relativo a sus ilusiones históricas y sociales. Son tareas urgentes la creación de nuevos puestos de trabajo, la distribución equitativa de los que se acumulan en una sola persona, el paulatino incremento de las llamadas "cabezas" de los escalafones, cuando éstas llegan a ser prebendas económicas: son necesarias, por otra parte, el adiestramiento y la orientación de nuestros graduados hacia su empleo decoroso en países de habla castellana. Si los jóvenes universitarios percibiesen una acción debida en este sentido, es seguro que se desvanecerían gran parte de sus desazones. Tanto más si a la vez se acertaba a ofrecerles empresas políticas y sociales generosamente abiertas hacia un futuro levantado y prometedor. Sirva de único ejemplo la obra cumplida por el Servicio Universitario de Trabajo.

3.- Un acertado enlace entre la disciplina y el magisterio. Es preciso, ciertamente, disciplinar a la juventud, puesto que su deber primero consiste en su reta formación moral, intelectual y técnica, pero esa disciplina no será internamente aceptada si el magisterio de quienes forman a los jóvenes -dentro de la Universidad o fuera de ella: en el templo, en la prensa, en el libro, en el teatro en el cine- no consigue en medida suficiente calidad y poder de sugestión. Mientras nuestras lecciones de cátedras sean escasas, rutinarias y descuidadas, los estudiantes universitarios se desviarán de nosotros y de lo que nosotros representamos. Mientras la enseñanza de la religión no sea un empeño serio, sugestivo y ensalzadoramente cumplido, existirá el peligro de que los jóvenes menosprecien, si no la religión misma, sí, al menos su realización visible y audible en el mundo que les es más próximo.

4.- Una inteligente y flexible abertura a todo lo importante que en el mundo intelectual, literario y artístico acontezca dentro y fuera de nuestras fronteras. La tesis de la censura a palo seco, tan cómoda para las mentes simplificadoras y perezosas es, en nuestro siglo, insostenible y contraproducente, porque nada seduce tanto a las almas jóvenes como lo condenado al silencio. Frente a ello propugnamos resueltamente la doctrina de la información crítica. Una Facultad de Filosofía y Letras y una prensa literaria donde el llamado "existencialismo", para recurrir a este vulgar ejemplo, sea sistemáticamente ocultado, pronto se trocarán en vivero de "existencialistas" clandestinos. Sólo una información veraz y autorizadamente crítica permitirá afrontar con el mínimo riesgo -nunca sin él, porque la existencia histórica eficaz es siempre peligrosa- la ardua obligación de vivir en nuestra época. La empresa no es fácil, más no por ello deja de ser inexcusable para quienes tenemos la responsabilidad de enseñar.

Frente a la nerviosa intranquilidad suscitada por la situación espiritual de la juventud universitaria, he querido ofrecer a las autoridades políticas y religiosas de nuestra Patria un estudio sumario de lo que en el alma de esa juventud acontece y una breve serie de remedios para convertir en razonable esperanza la inquietud de nuestros alumnos y la alarma de nuestros censores. Me ha movido a ello una doble y muy profunda lealtad: la que me vincula a mi Patria y la que me impone mi oficio de humilde servidor de la verdad. Haga Dios que estas limpias reflexiones sirvan eficazmente al bien de España, único fin hacia el cual van enderezadas.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Madrid, diciembre de 1.955